

An abstract painting of a nude woman with dark, curly hair, seen from behind. She is sitting or lying down, surrounded by a dense field of yellow and purple flowers. The background is a mix of warm yellow and orange tones, suggesting a sunset or sunrise. The style is expressive, with visible brushstrokes and a vibrant color palette.

aguaviva
revista literaria

NÚMERO ESPECIAL

**CANARIAS:
CUERPO Y PAISAJE**

aguaviva

revista literaria

DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN

Ana Marante González
Andrea Sánchez Villamandos
María Gómez García
Sophia Hidalgo Hernández.

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Gara Acosta
Instagram: @garaacosta1

DE LA PRESENTE EDICIÓN Y MAQUETACIÓN

Andrea Sánchez Villamandos

PARTICIPAN

Álvaro Sánchez Mata, Antonio M. Piñero, Ariana, Azazel, Carlota Díaz García, Jelen Broock, Ludmila Wright, María González Falcón, Míriam González Álvarez, Nadia Pérez Negrín, Rubin Pérez, Teresa Gubern.

© Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores y autoras. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores y autoras.

© 2024, Revista Literaria Aguaviva. Todos los derechos reservados.

ISSN: 3045-6924

DOI: próximamente



Sumario

Nota preliminar

Sophia Hidalgo Hernández	4
--------------------------------	---

Obras

Álvaro Sánchez Mata	5
Antonio M. Piñero	6
Ariana	9
Azazel	11
Carlota Díaz García	13
Jelen Broock	14
Ludmila Wright	16
María González Falcón	18
Miriam González Álvarez	21
Nadia Pérez Negrín	23
Rubín Pérez	24
Teresa Gubern	25



Nota preliminar

El martes 24 de junio impartimos el taller de escritura «Canarias: cuerpo y paisaje» en la librería El Refugio. En un espacio tan querido y bajo dos sombrillas que nos protegían del sol, escribimos, charlamos y comentamos las creaciones que surgieron, vertebradas por esta temática que nos atraviesa a todes.

Comenzamos con una breve explicación y lectura de varias de nuestras referentes del Archipiélago, en concreto, de aquellas que presentan en sus textos el cuerpo como un paisaje o el paisaje como extensión corporal. Cada miembro del equipo de Aguaviva nos encargamos de profundizar en la obra de una o dos autoras. Entre ellas, encontramos a Elena Villamandos con «Urbano», un cuento de *Curiosas ataduras (cuentario)*; Natalia Sosa con el poemario *No soy Natalia*; Nivaria Tejera con la novela *El barranco*; Lana Coruja con *Ropavieja*; Ainoha Cruz con su primer poemario, titulado *Manifiesto punzante*; Katya Vázquez Schröder con su increíble *El corazón es una achura que no se vende*, y Elena Correa, con la reciente publicación de *Niñas sucias*. La absorción de lo urbano en el propio cuerpo, las vivencias en la Guerra Civil desde los ojos de una niña, el duelo por la muerte de una madre, la angustia que genera este sistema en sus habitantes, el amor desde otras perspectivas y las problemáticas que sacuden nuestras Islas desde una óptica inquietante se desparramaron en la terraza de la librería lagunera. Sobre este lodo maravilloso, se desarrolló la primera actividad: escribir un texto que se relacionara con el título de nuestro taller. Tras la lectura y comentarios de las creaciones que brotaron por entre los dedos de les participantes, empezó el segundo ejercicio. Escribieron una oración en un papelito, después barajamos y a cada uno le tocó el de otra persona. La consigna fue imaginar a partir de ahí. Quisimos, de algún modo, generar también comunidad literaria desde la creación conjunta.

Esto que tienes en tus manos es el resultado de aquella tarde. Ojalá lo disfrutes tanto como nosotros.

Sophia Hidalgo Hernández,
Tacoronte, agosto de 2025.



Álvaro Sánchez Mata

«Dylan casi pisa una lisa y casi se acaba la amistad»

Él caminaba pisando fuerte, dejando huella, marcando el camino. Caminaba como caminan los héroes; pisando miles de flores a su paso. Yo, en cambio, siempre he caminado de puntillas, con miedo de pisar lo que no debo. Caminar, hablar y mirar son variaciones del mismo gesto: yo hablo con miedo a tocar un sentimiento indebido, camino sin hacer ruido y con cuidado de lo que hay bajo mí, por eso siempre miro al suelo. Él posee el territorio con su paso, no dice palabra que no suscite sentimiento y mira queriendo que se sienta su mirada. Ese día, Dylan y yo caminábamos por el monte y me arrojó una pregunta irónica sobre ese tema que le confié y en el que me duele pensar. No es alguien cuidadoso, pero no tiene mala intención —pensé. Un poco más adelante en el camino, cuando Dylan pisó una lisa, supe que nuestra amistad había terminado, porque nunca llegaríamos a mirar de la misma manera.



Antonio M. Piñero

1.

Camino lengua—plana

boca—abierta

dientes—duros

arrastrando la cara contra el piche.

Haciendo de mi piel un hueso

voy tragando cada centímetro

delante de mí:

chicle gris, alas de paloma, cadena de mármol—cuerpo pudriéndose

y la pena,

la pena que se guardan las niñas bajo las pestañas.

Llego al muelle a por fin deslimitarme

en orgía de mar y crema contra el sol:

seré vertedero u océano,

barranco,

nunca un pétalo.



2.

Me gusta acariciar la costra del agua de alcantarilla,
lo rosado de las lágrimas en las palmeras,
una cara entumecida de hambre y frío;

habito el cáncer del paisaje
y lo que tiene de verde,
el olvido del tacto,
la llaga en el ojo que es una cresta de ola de playa,

aquello que ya no está.

Yo soy ese ruido en el pasillo por las noches.



«Los veranos solían saber a tierra»

Debajo de las uñas solo guardo astillas de tumba, cristales perdidos de algún ventanal de aquella tu casa, y una cría de mirlo sin pico. Sobre la lengua, un anzuelo siempre jugueteando a resbalarse y no clavarse. Tu aliento es el de las pencas cuando mayo. Creo que ya no tengo labios, y que el sol no huele como cuando yo era niño y salía desnudo a la escalera interior. Ya no tengo un cuerpo al que llamar trinchera, solo un escombros de terciopelo, plumas y olor a tabaco. Las naranjas me recuerdan que soy solo otro lugar abandonado. Se han cerrado de golpe todas las puertas de la casa. Ya no hay más nadie aquí. Me derrumban los besos que no he dado. Mi carne. Los veranos solían saber a tierra.



Ariana

Turismo

Calor y mar

Trabajo

Sudor y tiempo

Paraíso

Lo que dicen que somos

Lo que los de aquí

No disfrutamos

Turismo

Salitre y lava

Impotencia

Al final de la jornada



«Anoche llegué tarde a casa, las estrellas iluminan mi camino»

Era un día cualquiera, como todos los demás donde solo tenía que completar una rutina. Levantarse, trabajar, comer y seguir. Pero hoy había algo diferente, algo que alegraba mi corazón. En vez de volver a casa temprano, vi a mis amigas y sentí como si el tiempo se fuera volando, como si quisiera escaparse entre las anécdotas y los cotilleos sin que ninguna se diera cuenta.

Después de un rato charlando decidimos ir a cenar, siempre nos pasa, ninguna se quiere ir. Esos ratitos juntas hacen que las preocupaciones de la vida adulta no sean tan grandes y nos dejen de quitar el sueño. Todas quisimos alargar la noche para no olvidar ningún detalle, aunque alguna mandará un mensaje cuando estemos separadas diciendo que tiene algo más que contar, que no le dio tiempo. Así nos dieron las tantas entre risas, historias y palabras llenas. Un día cualquiera se transforma en algo único de una manera tan simple.

Con una despedida y la promesa de no dejar pasar un mes para volvernos a encontrar, cada una hacía su recorrido de vuelta a casa. Una vez sola mientras la brisa chocaba con mi cuerpo me di cuenta de algo que a veces parece inalcanzable. Noté que una luz distinta me alumbraba, una luz que no se siente todos los días. Me dejé absorber por todos mis pensamientos sin quererlo hasta que a mitad de camino caí en que estaba llegando muy tarde a casa, pero no tenía que preocuparme porque las estrellas iluminaban mi camino.



Azazel

Dedos largos

dientes de león perfectos

y blancos

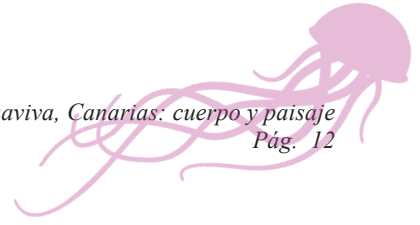
manchados de vino

con lanzas de higos entre los dientes

Huellas de arena

huecos profundos, reconcomidos

trincheras en la plaza de la calle de enfrente



Tras aquel buche que nos congeló el cerebro, dejamos de discutir.

Silencioso ruido de mar y viento.

Hablar no era una opción y pensar no estaba permitido.

Pasos medidos en terreno inestable, miradas cómplices de lo incómodo de la situación.
Pálidos cuerpos reposando en toallas, dejando que el ambiente temple el alma... y la Fanta.



Carlota Díaz García

la miraba desde que se bajó del coche,
con su pelo caracola y esos ojos verde alga.
el mar centelleaba más que de costumbre,
pero ni así era capaz de competir con el brillo de sus ojos al mirarse.
le dio vergüenza preguntarle si podía ponerle crema solar,
pero a la tercera cerveza sus manos acariciaban sus caderas
como si conocieran el recorrido de sus curvas desde siempre.
confiadas, porque el piche donde habían puesto sus toallas ardía,
el agua helada de su último baño las cogió por sorpresa.
el sol
cada vez más pálido y diminuto,
hacía el atardecer en el horizonte.
le castañeaban los dientes y se apretaba contra sí misma,
intentando que el calor rojo de su espalda la calentara.
de pronto
y sin palabras,
ella le pasó su toalla por encima, atrayéndola hacía sí, y
con un sutil beso,
el frío se apagó en su hombro.



Jelen Broock

Playa Quinceañeras

Las piernas abiertas
de la mujer en su toalla.
Desde donde estamos
no se le ve la cara,
solo las carnes flácidas
que le entierran el bikini.

Mis amigas
sacan una foto a su pubis
anónimo.
“Coño de vieja”, dicen.
Yo me río
y me miro las piernas,
la celulitis al sol,
los huequitos de la piel
llenos de arena,
y escondo los muslos
bajo la toalla.

Ese coño un fotograma
en el film interminable
de todo lo que no ser.



Volver

«Miro a través de los cristales de sal en mi piel»

Laura, un espectro de verano que se emborronará con los años como se emborronan todas las cosas demasiado buenas. Laura se raspa la piel con la toalla arrancándose todos los males. Yo la miro embobada, siguiendo el rumbo de la tela, roída y rasposa, por cada surquito de su cuerpo. Ella, hasta relajarse, lo hace con prisa, con eficiencia, contabilizando los minutos que va a estar tumbada al sol.

Se sienta sobre la toalla mojada, pero perfectamente estirada sobre la arena, y saca un táper de sandía de su neverita. ¿Quieres? Y me mira mirarla, con miedo de que se desvanezca si aparto la vista demasiado tiempo. Yo niego con la cabeza y ella empieza a meterse trozos de sandía en la boca, cortados todos del mismo tamaño, como de una sandía cuadrada. Termino pidiéndole un cachito, solo porque mi boca sienta lo mismo que siente la suya, y mastico con cuidado, acompasando el ritmo de nuestras mandíbulas, imaginando que no soy más que su reflejo en el espejo.

Me termino la sandía, que me baja fresquita por la garganta. Yo la sigo mirando a ella, a mi Laura, durante una eternidad que se rompe cuando me atrevo a pasarle un dedo por los pelillos del brazo canelo. La piel se le eriza y mis yemas son viento. Se gira hacia mí y me limpia un chorrete rojo de la comisura de los labios. Noto el sabor del mar en su dedo y se me agua la boca de pensar en lamerlo. El dulzor de la sandía y la sal de su piel juegan en mi lengua, caleidoscopio con cristales de dos colores girando en las manos de un niño. Pienso en mi abuela y en un plato caliente de sus papas y fideos. Con el bochorno que hace. La sandía de la neverita de Laura, la sal de su piel y las papas y fideos de mi abuela. Son todos los sabores de volver a casa.



Ludmila Wright

Una noche de San Juan

Llegamos a Las Eras cuando el sol todavía calentaba la marea y la gente disfrutaba de su caricia ultravioleta. El chiringuito del barrio animaba a la gente local que ha vivido allí toda su vida, y yo me siento extraña con mi piel sensible e identidad partida. El agua, a las siete y media de la tarde, está perfecta; los cangrejos aprovechan sus últimos momentos en el rompeolas y me miran pasivamente rodeados por la espuma. Pasamos el tiempo jugando, comiendo, bebiendo, esperando a que enciendan la hoguera que están montando en el centro de la playa con madera deshecha. Entre la paja y los troncos, se acumulan el montón de cadáveres con recuerdos: una mecedora sin respaldo, un caballito infantil con la pintura agrietada, una mesa de noche con una pata rota. Cuando les prenden fuego, el viento se levanta; el parque eólico que se asoma sobre las laderas aplaude, eufórico. Aunque estemos apartados de la hoguera, en el otro extremo de la minúscula playa, doy vueltas entre el campamento y la pira; el deseo primordial de ver el pasado arder es más hipnotizante de lo que pensaba. Con la noche caída, la muchedumbre observando el espectáculo, el son de la cumbia animando al pueblo, me adentro sola en el agua y me acuesto sobre su manto. Entre la euforia del alcohol y la calma de la noche, de repente, pierdo el rumbo de donde está la tierra, el cielo y el mar. Mire a donde mire, todo está negro. La noche se ha diluido en el pueblo pesquero, y soy incapaz de distinguir las estrellas del parpadeo mísero de las farolas. La marea se levanta, avivada por la luna que no hace acto de presencia, y empiezo a entrar en pánico, hasta que veo, con el rabillo del ojo, el intenso brillo del sol que ha descendido a la arena. Lo veo brillar, arder, y morir lentamente desde las profundidades del murmullo de las piedras que se menean bajo mis pies. Creo que he presenciado el fin de la galaxia y me da paz saber que soy insignificante ante él.



En las tierras nombradas por fantasmas aborígenes, la doble cara de la moneda está construyendo templos en su honor. Petroleras, puertos, cadenas hoteleras, parques de atracción. Los creyentes rezan en estas capillas, alzando cánticos en lenguas alienígenas y bailando danzas macabras sin ritmo ni son. Yo me paro a las puertas de estas iglesias, pidiendo limosna curtida por mis propias manos. Nadie me mira, nadie me conoce, nadie siquiera nota mi presencia, a pesar de que es mi sangre —y no la de ellos—, la que se derramó para alzar estos monumentos. Quizá esto es lo que significa ser un fantasma; quizá, algún día, desaparecerán los nombres de estos sitios y serán renombrados por los que nos mataron de hambre.



María González Falcón

Aprendí a caminar

aprendí a caminar

de tanto clavarme la carretera

de tierra en las manos

antes

el suelo del verano siempre ardía

el sonido de la manguera

se camuflaba con el despertar

y nunca terminaba de llegar frío

ahora

camino sobre un parquet templado

creo que llega luz de la ventana

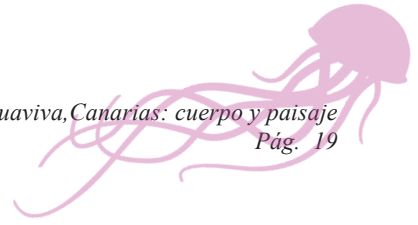
creo que esta pared es blanca

sin sombras

sin embargo, al acariciarla

siento el gotelé con silencio

mezclado con gritos del patio interior



Verano '12

*«Tragaba mis dedos, mi talón y
finalmente mi pie, pero mi sanadora llegó en forma de agua»*

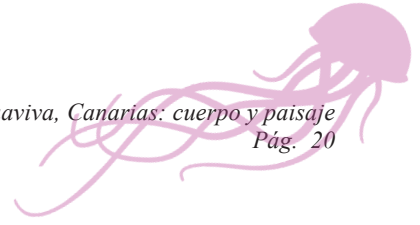
mi piel arde y enrojece
bajo el sol de las doce
noto un líquido formando charco
cálido, pegajoso, a mi alrededor

sigo cortando poco a poco
partes de mis huesos y carne
me lo trago todo con miedo

las conversaciones bailan mojadas
las miradas me encajonan
y yo guardo los ojos bajo la piel seca

sigo cortando y tragando
poco a poco

no queda sombra donde esconderme
ni donde esconder la sangre
y evitar cualquier tacto



el cemento me fríe las heridas abiertas
y una bruma se me comienza a colar
por los oídos, me tiñe de negro los ojos

al frente, el azul me deslumbra
yo solo quería ser mar



Miriam González Álvarez

el secreto

de pequeña, a veces, me acostaba y veía una tímida salamandra en el techo del cuarto. gritaba fuerte y papi venía corriendo. como el perrito cuando está contento. me sacaba de la cama y me ponía a salvo. hasta que él acababa con el “problema”. como él lo nombraba. un día, ya de mayor, llegué a casa. escuché el sonido agudo de la gallina en la pared del cuarto. grité fuerte, pero papi no estaba. lo llamé con los ojos de sal. me dijo: “tu madre va para casa, yo siempre le he tenido miedo a las salamancas, ella las quitaba de tu cama”. nunca le conté su secreto a nadie. ni siquiera a mi hermana. el miedo compartido hizo que la salamanca dejara de ser tímida y empezara a bailar en cada cuarto de casa. ahora papá y yo gritamos juntos. como el perrito cuando está asustado.



chiquitita

Cuando mi hermana nos abandonó
por estudiar
solo teníamos noticias de ella los domingos
cuando el sol había sido devorado por la marea
y se sentía sola sin el océano.

En la oscuridad de la llamada
nunca conseguía reconocerla
su voz ya no cantaba como en casa
cambiaba las “c” por las “z”
y la diferencia de las letras
señalaba la distancia con ella.

Cuando mi hermana volvió de Madriz
me miró desde arriba
y yo chiquitita chiquitita
como el gusano cuando se le pisa
me cogió desde arriba
me colocó sobre la línea de su mano
y yo chiquitita chiquitita
como el final de la despedida
me dijo que ya no me quería
y cerró la mano.



Nadia Pérez Negrín

Calentarme al sol

Pegada al párpado por dentro tengo la despedida de mamá. Suerte, mi niña, estamos aquí, vuelve cuando quieras. Subida al avión pienso en las mentiras que por piedad me repite.

Qué liviano fue el paseo desde la lomada y el baño en el charco, mis pies reconocen las huellas que dejó cada día y se plantan en el mismo lugar. La vegetación de los paredones va levantando el piche por los lados y la carretera es cada vez más estrecha. Ayer tarde la marea estaba llena y en apenas dos pasos el agua me llegaba a los muslos. Con el último rayo entendí que mi cuerpo no lo iba a calentar más el sol; de ahora en adelante, nunca.

Alemania espera con nubes y yo no la espero. En absoluto. La detesto. Ojalá se pare el motor, ojalá explote un ala y no aterricemos jamás. Miro a mi alrededor, por estadística a alguno de estos ancianos les podría pasar algo en este vuelo. La señora que está a mi lado habla en su idioma con los de la fila de detrás sobre si es importante o no aprender español para vivir en Tenerife. *Yo llevo viniendo quince años y nunca he tenido problema, la gente aquí es muy amable y se esfuerza mucho por aprender alemán, la verdad es que nos lo ponen facilísimo. Uno de los de atrás, que tose cada vez que respira, no está de acuerdo. Bueno, Heike, pero algo habrás aprendido. Es una muestra de respeto aprender el idioma. Aunque es cierto que yo tampoco lo uso mucho, todos los inquilinos de mis pisos de Los Cristianos son de fuera.* Que se pare el motor, que explote un ala. Que estalle una ventana, que se despresurice la cabina.

No pude decirle adiós a mamá por última vez después de pasar el control porque salía corriendo hacia el hotel. Lloro debajo de las gafas de sol y les doy su último uso. Me apoyo contra la ventana, que vibra igual que las escaleras de abuela cuando sube y baja.



Rubin Pérez

«La ausencia de mi madre ordenó mi vida»

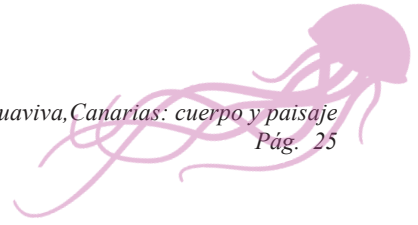
La ausencia de mi madre ordenó mi vida
en los recuerdos de cafetera quemada
y besos en los cachetes.

En la cosina hay un hueco. Es un hueco viejo, en el que el aire no corre, solo pesa.
Lo evito al pasar a la despensa, al abrir una gaveta y al fregar la losa.
En mis mejillas hay dos grandes huecos. El de la izquierda es más profundo.
La comida se me cae cuando como, el agua se me derrama y los besos no se adhieren.

Su cuerpo separado del mío,
su vos en otra tonalidad,
su espasio en la casa quieto y silencioso.

Quiero pensar que algo de cómo se movían sus manos mientras cortaba sebolla
persiste en mí. Y que lo hago inconscientemente.
Que si una amiga suya viniera a casa a visitarme me diría que, cuando estoy triste,
la barbilla me tiembla igual. Y lloraría en tu honor.

Que aunque nunca lo llegara a oír de su boca,
a mi madre también le duele su ausencia.



Teresa Gubern

Aquí dentro solo hay cemento

aquí dentro solo hay un hueco

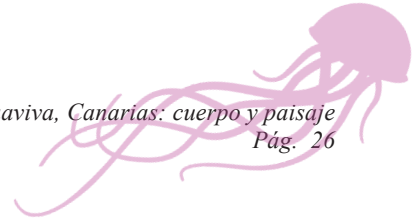
aquí dentro solo hay silencio

aquí dentro solo hay

aquí dentro solo

¿miedo?

aquí dentro desconozco lo que siento.



«Me estrujo el bikini antes de salir del agua para secarme antes»

Cuando peor me siento, me bombardean imágenes en pantallas de cuerpos que nunca seré, voy a la playa. Señoras en sus sillas bien puestas, tres niveles de chicas superpuestas, madre, niños, señores de barriga boliche, el bañador en perfecta circunvalación alrededor del ombligo, como si vistiera una pelota, la mano detrás de la espalda, observando. Tetas. Tetas grandes, finas, pasaítas, al aire, caídas, llenitas de estrías, muslos que se mueven, carnes que se mueven y la gente corre y salta, nada y ríe.

Cuando voy a la playa, ruedo sobre la arena, veo a la gente y la gente soy yo.

Cuando voy a la playa, solo quiero estrujarme el bikini antes de salir del agua.

Yo solo quiero ir a la playa.



TALLER AGUAVIVA CANARIAS: CUERPO Y PAISAJE

Las siguientes fotografías se corresponden con el taller realizado el 24 de junio de 2025 en la librería El Refugio, impartido por Revista Literaria Aguaviva bajo la temática «Canarias: cuerpo y paisaje».

Gracias a todes les participantes, esperamos vernos pronto y deseamos que disfruten de este número especial tanto como nosotres lo hicimos del taller.







